



# ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO Y EFICIENCIA ECONOMICA

*Robert KUTTNER*

**Q**uiero empezar con una anécdota. Un grupo de personas, entre los que se encontraban un médico, un predicador, un ministro y un economista, se reunió en un club de golf, para pasar la jornada disputando unas partidas. El economista caminaba muy lentamente. El grupo observó que otro grupo de jugadores que les precedía lanzaba las pelotas de golf en todas direcciones. No jugaban al golf. El primer grupo abandonó su partida indignado, volvió al edificio central del club y se quejó al gerente. El gerente tosió y dijo: «Disculpen que no les hayamos advertido que el día de hoy ocurre algo muy especial. El grupo que les precede está compuesto de ciegos». Las reacciones no se hicieron esperar. El ministro dijo: «Oh, lo lamento mucho. Voy a dejar de lado mis palos de golf». El predicador dijo: «En mi prédica de mañana voy a decir “Ama a tu prójimo como a ti mismo”». Y el médico dijo: «Estoy muy afectado por haber tratado a mis conciudadanos así. No voy a

jugar más golf en las próximas semanas y, voluntariamente, voy a trabajar los sábados por la mañana». Y el economista dijo: «¿No pueden jugar a otra cosa?».

En esta historia el economista representa el mercado libre. El mercado libre es racional, pero muchas cosas que son importantes se le olvidan. El mercado globalizado castiga a aquellas naciones que tienen altas prestaciones sociales, altos impuestos, una regulación económica intensa y salarios más altos. Pero no significa que la economía de estos países no sea eficiente. En los países en los que no se dan esas circunstancias, esto sólo significa que el capital privado es demasiado fuerte como para poder cumplir los intereses de la opinión pública. En Estados Unidos, donde el modelo del *laissez faire* tiene mucho prestigio, se entiende que éste es el único modelo eficiente del capitalismo. El mercado laboral está desregulado, el marco normativo favorece a los inversores, y todo eso explica —se nos dice— la altísima tasa de creación de empleo en Estados Unidos. Cabe preguntarse cuánto en el modelo estadounidense se basa sobre la exigencia de eficiencia, y cuánto sobre un conjunto de decisiones políticas que reflejan el equilibrio de las fuerzas políticas.

En el marco nacional, el Estado actúa para crear instituciones democráticas y para reducir los desequilibrios que se crean mediante el *laissez faire*. Ahora que el mercado se vuelve más global, no debemos pensar que esa actuación del Estado ya no será necesaria. Es más, ahora es mucho más importante, aunque sea más difícil de llevar a cabo.

Si realmente hubiera un sólo modelo de capitalismo no habría mucho espacio para la política, y menos todavía para la política socialdemócrata. Yo pienso, por contra, que la relación entre el equilibrio social y el capital es algo que tiene que crearse, y que existe una posibilidad de elección política que debe ejercerse.

En Europa, el capital ha estado mucho más regulado, y se creó hace unas décadas el Estado social europeo. Existían regulaciones sociales y económicas sin que Europa tuviese que pagar un precio demasiado alto por ello. En Estados Unidos no existía un Estado social tan fuerte, y había más reservas respecto a esas regulaciones. Sin embargo, ha habido regulaciones económicas en la mayoría de los sectores industriales y una situación de escasa competencia por parte de las zonas de bajos salarios. También encontrábamos regulaciones en el sector bancario, ferrocarril, de las telecomunicaciones, y en otros sectores, como la automoción o el acero. De otro lado, no había mucha competencia internacional.

Pues bien, a pesar de las diferencias entre una y otra orilla del Atlántico, existía una especie de economía nacional regulada, un capitalismo regulado, también en el momento en que fuerzas de tinte conservador asumían las tareas de gobierno. No era un sistema de *laissez faire* y, no obstante, había un crecimiento sostenido, tasas de inflación bajas, alta productividad, salarios altos. Es decir, se daba una situación de eficiencia económica con una distribución eficiente entre oferta y demanda y, además, otra forma de eficiencia: la cooperación social, el empleo y mejores niveles de vida. Aumentaba la demanda, y esta demanda compensaba los desequilibrios entre la oferta y la demanda.

En la actualidad, todo esto se va perdiendo. Ya no contamos con el sistema de Bretton Woods. Ya no tenemos tipos de cambio fijos. Hay más especulación. Ahora bien, la hegemonía de los gobiernos conservadores y sus políticas de privatización y liberalización se va reduciendo. A pesar de que la tendencia de los mercados globalizados hacia la liberalización es fuerte, algo ha cambiado, y no cae en saco roto el recuerdo de sistemas más regulados.

En Estados Unidos se dice que su modelo es el más exitoso. Sin embargo, tenemos un 2% de crecimiento económico, y se parte del supuesto de que podría llegar a ser un 2,4% en el próximo siglo. Hemos creado empleo en Estados Unidos, dos millones de puestos de trabajo cada año, pero gracias a la desregulación de los mercados laborales. Son puestos de bajos salarios o empleos auxiliares. El sector que crece más rápidamente es el sector de los auxiliares y de los contratos temporales. Sólo en los últimos años el desempleo se ha reducido a menos de un 5%.

En Europa el desempleo es más alto, pero no se pueden comparar las cifras. En Estados Unidos el mecanismo de contabilización de los asalariados es distinto.

Además, tenemos muchas personas en las cárceles que no cuentan como población activa. Tenemos un porcentaje muy alto de personas, entre el 18% y el 22%, que son estudiantes y que no forman parte de la población económicamente activa. En Europa, existen un trabajo negro y una economía sumergida, de manera que el empleo real no se corresponde con las cifras oficiales.

Es cierto que en Estados Unidos tal vez sean más eficientes para crear nuevos puestos de trabajo que en la mayoría de los países europeos. La cuestión clave es si Europa tiene que sacri-

ficar el modelo social para de esta forma crear más empleo. A mi juicio, Europa debería preservar su modelo social. La tesis de que las altas tasas de desempleo en Europa tienen su origen en su sistema de mercado laboral, es una simplificación muy grande de todo un periodo. Entre 1982 a 1985, por ejemplo, las cifras de paro eran mucho mejores en Europa que en Estados Unidos. Y desde entonces no ha habido cambios estructurales significativos.

Seguramente todos estamos de acuerdo en que déficits y endeudamientos razonables como los inspirados en Maastricht, son algo pertinente. Los Estados del bienestar no pueden utilizar el 100% de su producto interior bruto para gastos sociales. Pero también podemos estar de acuerdo en que son importantes unas buenas prestaciones sociales para las familias, sistemas públicos fuertes de educación, formación y de asistencia médica, unas buenas políticas de mercado laboral, apoyos a la investigación y el desarrollo, unas buenas políticas de infraestructuras. Esto no destruye la eficiencia económica. Al contrario. Todo eso es necesario para ser eficientes económicamente y ser atractivos para las inversiones en un plano nacional.

En otras palabras, y en un plano internacional, necesitamos reglas globales para lograr altos salarios, altas tasas de crecimiento, un sistema de seguridad social y estabilidad. Y pienso también que tenemos que empezar a actuar en estos sectores y que la socialdemocracia tendría que ir a la vanguardia. Necesitamos, en primer lugar, una carta social no sólo europea sino para todas las naciones que quieran gozar de los privilegios de la Organización Mundial de Comercio. Y no hablo sólo de la normativa sobre el trabajo infantil o el trabajo en las cárceles. La carta debe contemplar también las libertades sindicales y la exigencia de unos niveles normales de educación, formación y prevención sanitaria. Se precisa la ayuda al desarrollo porque tenemos que procurar que los países en vía de desarrollo no se empobrezcan más. Se precisa atraer la inversión privada.

En este contexto, me quiero referir a los movimientos de capital. La crisis de Asia surgió por la corrupción y por la especulación. Cuando los beneficios eran altos los inversores acudían en masa a Asia, pero después retiraron el dinero, lo que empeoró enormemente la crisis. Se produjo una crisis de deflación y devaluaciones.

El Fondo Monetario Internacional (FMI) empeoró la situación, y no actuó contra la crisis. La política del FMI no es positiva, aunque no se puede afirmar que su actuación esté en el ori-

gen propiamente dicho de la crisis. El problema principal es la especulación, y es lo que se debe abordar en primer término.

En mi opinión debemos regresar a una situación semejante a la del sistema de Bretton Woods, con una mayor estabilidad en los tipos de cambio. Y necesitamos un nuevo conjunto de políticas que fijen el capital a más largo plazo, reduciendo las posibilidades de los movimientos a corto plazo.

Es interesante observar que una serie de economistas estadounidenses que siempre han preconizado el mercado libre ahora reconozcan que hay una diferencia entre el comercio libre y la absoluta libertad de movimientos de capitales. Ahora comienzan a reconocer que los movimientos especulativos de capitales —en su vertiente de «casino» financiero internacional— desestabilizan la economía. Por tanto, parece abrirse paso la idea de que es preciso reducir la especulación en el mercado financiero y monetario. Un país partidario del comercio libre, como Chile por ejemplo, ha establecido que un tercio de las inversiones extranjeras tienen que invertirse a plazo fijo de un año en el banco central. En Estados Unidos existe algo así como una *tasa Tobin* sobre las divisas para impedir o reducir la especulación.

Las fórmulas como las de la *tasa Tobin* servirían para obtener ingresos aplicables al desarrollo ecológico del Tercer Mundo, o para contrarrestar el calentamiento de la atmósfera.

Yo pienso que deberíamos entender la economía global de manera que la economía real tenga más importancia que la economía financiera. También deberíamos llegar a un crecimiento más alto en naciones occidentales, a una política monetaria menos restrictiva y a una política fiscal menos rígida. La estabilidad requerida por Maastricht —a la que ayudarán el Banco Central Europeo y el euro—, así como la necesaria introducción de reformas en el mercado laboral europeo, no deberían tomarse como un pretexto para reducir las prestaciones sociales. Creo que si solamente se llevan a cabo reformas en el mercado laboral y se permite la libertad de circulación mundial de capitales, mientras que no se hace nada para aumentar el crecimiento, la frustración será mayor. Tendríamos a trabajadores mejor capacitados pero sin empleo. Considero que es una equivocación perder de vista el aspecto humano de la oferta de empleo.

La presencia de la socialdemocracia en los gobiernos de todas las latitudes, como nunca había existido en la historia de las sociedades democráticas, abre posibilidades nunca antes vistas. Cuando Reagan y Thatcher estaban en el poder, utilizaron su

entusiasmo para difundir su ideología y sus ideas económicas. Los gobiernos de izquierdas tendrían que aprender la lección. No es suficiente aceptar el neoliberalismo y tratar de dominarlo de alguna forma, adiestrarlo un poco con una política tributaria un poquito mejor, con una política que trate un poco mejor los recursos humanos. En Francia, en Alemania y en Italia, se entienden mejor estas insuficiencias que en otros países. Pienso que Europa, sobre todo si el SPD gana las elecciones, tendría que tomar el liderazgo de este movimiento —por qué no una cumbre de dirigentes de los gobiernos progresistas— para asumir de una vez por todas la tarea de imponer la economía social de mercado en nuestros países. Sería una vergüenza si no aprovecháramos esta oportunidad única de contar con tantos gobiernos socialdemócratas, y nos limitáramos solamente a hacer un *thatcherismo* con un rostro más humano.

---